

Y así llegamos al último capítulo que trata, precisamente, de la otra faceta del dios en su asociación con la guerra. De entrada se nos hace ver que esta asociación no se limitaba a su festividad, sino que además tenía nexos con el tlatoani cuando este comandaba los ejércitos, o al momento de su entronización como gobernante supremo como también en el sacrificio y desollamiento del primer prisionero que capturaba. Un aspecto relevante es aquel en que hace ver cuál era el momento adecuado para ir a la guerra. Varios autores coincidimos que esto pudo ocurrir después de la cosecha de las plantas ya que entonces se contaba con mano de obra disponible para tal fin, además de que los graneros enemigos se encontraban llenos como producto de la recolección. Sin embargo y como lo señalo en algún escrito, era el momento en que el sol se inclinaba más hacia el sur y la temporada de secas se iniciaba para llegar a concluir en la fiesta de *Panquetzaliztli* con el sacrificio de cautivos y esclavos en honor de Huitzilopochtli, lo que coincidía con el solsticio de invierno y la estrecha relación del dios solar y de la guerra con el rumbo sur del universo.

No quiero extenderme más puesto que otros investigadores habrán de tomar la palabra. Solo quiero agregar que estamos, indudablemente, ante una obra que viene a aclarar en mucho diversos aspectos asociados a Xipe Tótec y su importancia dentro del panteón y el calendario mexica. Deseo terminar mi intervención citando, como lo he hecho a lo largo de mi presentación, al autor del libro cuando señala en su último párrafo “Guerra y agricultura se reunían, en el culto de Xipe Tótec, como actividades igualmente generadoras de vida, dentro del marco de la cosmovisión mesoamericana” (p. 405).

---

Carlos González González, *Xipe Tótec. Guerra y regeneración del maíz en la religión mexica*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Fondo de Cultura Económica, 2011.

por Miguel Pastrana Flores

La obra objeto de este breve comentario es –como lo señala el propio autor– la versión mejorada de su tesis de doctorado en Estudios Mesoamericanos. En ella se busca dentarse en el conocimiento de uno de los dioses más men-

cionados y recurrentes en los estudios sobre la religión de los antiguos nahuas, Xipe Tótec. Sin embargo, al recorrer las páginas del libro, queda claro que el ser abundantemente mencionado no equivale a ser bien conocido.

Al comienzo del libro se exponen las principales ideas y algunos lugares comunes entre los mesoamericanistas sobre Xipe Tótec, como su supuesta extranjería respecto del centro de México, el supuesto carácter de dios de la primavera vinculado a la renovación vegetal en general, la relación con la guerra y el poder, para establecer con claridad los problemas de investigación que tratará de desmenuzar y responder el cuerpo del trabajo. El autor reconoce los aportes de otros estudiosos al tema de su interés, especialmente los señalados por Eduard Seler, quien “sentó las bases para la interpretación de Xipe Tótec y su culto en Mesoamérica” (p. 15). También menciona y aprovecha los estudios de Alfonso Caso, Johanna Broda, Michel Graulich y Alfredo López Austin, entre otros.

En términos generales puede decirse que el libro de Carlos González es un muy ejemplo de lo que se puede lograr cuando se establece un diálogo crítico entre el análisis de los materiales arqueológicos y los textos históricos. Justamente, el autor establece desde el primero momento la necesidad de vincular la revisión cuidadosa de los datos aportados por la exploración arqueológica, con los resultados del análisis textual e iconográfico de documentos escritos y códices pictográficos. Uno de los asuntos a destacar es el equilibrio que logra el autor en el tratamiento tanto de lo arqueológico como de lo documental, ambos tipos de fuentes de complementan y sustentan mutuamente, por ello no es un libro de arqueólogo puro o de historiador tradicional, es un comprensivo estudio antropológico con un claro enfoque histórico.

En cuanto a la estructura del libro, puede decirse que, además de la consabida introducción y las obligadas conclusiones, se articula en cinco grandes capítulos que responden en lo general ciertos problemas de investigación, como lo es “el que ataña a su antigüedad en Mesoamérica, el cual suele vincularse con de la adscripción geográfica de su origen” (p. 25). También está “el aspecto bélico del dios y su periodo festivo, [que] si bien siempre se le menciona [...] ha permanecido como un problema latente, en espera de ser abordado” (p. 16).

De esta forma, en cada uno de los cinco capítulos se propone resolver alguna de estas interrogantes. Así, en el primer capítulo “Antecedentes de Xipe Tótec en Mesoamérica y entre los mexicas”, responde al lugar común

entre los estudiosos de asignarle a la deidad un origen foráneo y de escasa profundidad temporal. Para resolver el asunto el autor hurga en el pasado mesoamericano los posibles antecedentes de la deidad, pasa revista de las afirmaciones sobre su presencia en otros ámbitos y tiempos de Mesoamérica, y hace un balance crítico y cauto sobre el tema. Al final establece, a su juicio, los elementos más seguros, los cuales ubica en Oaxaca durante el Clásico (100-650 d.C.) y en el altiplano central durante el Epiclásico (650-900 d.C.), y con ellos establece que “el culto a Xipe Tótec no era ajeno ni novedoso dentro del ámbito geográfico, político y cronológico en que los mexicas se desenvolvieron” (p. 106). Por ello en lugar ser un recién llegado al panteón y ritual de Tenochtitlan el dios “se encontraba enraizado en una de las parcialidades prístinas de la urbe” (p. 107).

En el segundo capítulo, “Escenarios del culto a Xipe Tótec en Mexico-Tenochtitlan”, el autor busca localizar los espacios sagrados dedicados al celebrar los ritos vinculados a la deidad. En mi opinión es uno de los capítulos mejor logrados, más sugerentes e interesantes. En él ofrece hipótesis bien fundamentadas sobre la ubicación física de santuarios, templos, plazas y monumentos dedicados a Xipe, tanto en los barrios y la periferia de Tenochtitlan, como en el recinto sagrado de Templo Mayor. Deben destacarse sus ideas entorno a la relación de algunos de los monumentos rituales más emblemáticos de la plástica mexica con el culto a Xipe, me refiero a las Piedras de Tízoc, del Ex-arzobispado y la Piedra del sol, que las interpreta como *cuauhxicalli* o “vasos de águila” para las dos primeras y *temalácatl* o “disco de piedra”, para la última.

El capítulo tercero, “El papel de Xipe Tótec y de *tlacaxipehualiztli* en la transferencia del poder de Tula a Mexico-Tenochtitlan”, aborda los vínculos del pasado tolteca con los mexicas, en especial ciertos pasajes en los cuales estos se presentan así mimos como “los herederos directos y legítimos de la estafeta del poder cedida por los toltecas” (p. 186). Para ello pasa revista de las crónicas de tradición náhuatl que señalan la presencia de Xipe Tótec tanto en la creación del Quinto Sol, la era de los mexicas, como en la caída de la paradisiaca e idealizada Tula, así como sus vínculos con la transferencia del maíz de los toltecas a los mexicas. Uno de los principales aportes de este capítulo es señalar los vínculos de continuidad entre las fiestas indígenas de *atahualo* y *tlacaxipehualiztli*, ya que “conforman un espacio ritual mediante el

cual los devotos de Huitzilopochtli conmemoraban los fundamentos míticos de su autoridad” (p. 239).

El cuarto capítulo, “El culto de Xipe Tótec en Tenochtitlan y sus relaciones con el maíz”, aborda la estrecha relación entre el culto de la deidad con la planta alimenticia por excelencia de Mesoamérica. Aquí el autor señala como pese al reiterado y reconocido carácter vegetal del culto a Xipe “el aspecto agrícola del numen se ha visto opacado [...] frente a la evidente relevancia de la guerra [...]” (p. 241). En este capítulo el autor encuentra una clara continuidad del culto al maíz y la propiciación de las buenas cosechas de las veintenas de *tlacaxipehualiztli*, *tozoztonili* y *huey tozoztloí*, en las cuales “se asociaban los conceptos de agricultura y guerra como una diáada generadora y mantenedora de la vida” (p. 296) que se concretaba a través de las figuras de los granos de maíz, a los cuales debía quitárseles la cascarilla, es decir, desollarlos, y de los guerreros que en la vida social proporcionaban las ofrendas humanas que serían despojadas de su propia cobertura, es decir, de su piel.

Finalmente, en el quinto capítulo, titulado “El culto de Xipe Tótec en Tenochtitlan y sus relaciones con la guerra”, se estudia la participación de los guerreros mexicas y los cautivos por ellos obtenidos en los rituales, y considera que “la fiesta de Xipe Tótec era, sobre todo, un escenario para el holocausto de cautivos de guerra.” (p. 348) Las festividades de Xipe eran también el momento ideal para obtener diversos grados de gobierno y militares, como los de los *tlatoque*, los *tetecuhtli* y los *tequihua*. En este tiempo, los guerreros que aportaban las víctimas “revivificaban al dios para activar un sistema de circulación de semillas de maíz y otros cultígenos mediante el cual alcanzaban una nueva dignidad” (p. 393).

Si bien el libro es muy extenso, más de cuatrocientas páginas, y la investigación es profunda, de ninguna manera es un trabajo con vanas pretensiones exhaustividad que ilusoriamente busque “agotar el tema”, pues, como reconoce humildemente el autor “el tema es muy vasto y sin duda continuará siendo abordado a través de futuros y mejores trabajos” (p. 20). Sino que busca y logra abrir nuevas vetas en el estudio de la religión y el panteón mesoamericano, pues “[...] pretende convertirse en un eslabón provechoso para el mejor conocimiento de una deidad mesoamericana significativa” (p. 20).

En ese sentido puede afirmarse que Carlos González ha alcanzado sus principales objetivos, pues a través de su trabajo ha profundizado y puntu-

lizado las añejas hipótesis de Seler, al tiempo que nos ha ubicado mejor en el tiempo y en la geografía, así como en el espacio físico de Tenochtitlan a un viejo dios mesoamericano, y ha vinculado de manera por demás interesante, el culto al maíz con el culto a la guerra, como parte de un complejo sistema que permitía la renovación del vegetal y, como dice el autor, de la vida misma.

En general Carlos González sale muy bien librado de un planteamiento de investigación tan ambicioso, pues aporta ideas e hipótesis novedosas al tiempo que pone orden en una ingente cantidad de información, cualidades que –sin duda– harán de este libro una obra de referencia obligada para todos los interesados no sólo en el panteón mexica y náhuatl, sino en la religiosidad de tradición mesoamericana.

Sin embargo, es de señalar que no dejan de extrañarse algunas ausencias en su trabajo. Entre estos destaca lo que se refiere al nombre mismo de la deidad y sus apelativos. Ciertamente, todos los que se han acercado al numen reconocen problemas con el epíteto de Xipe Tótec, ya sea que a Xipe se le otorgue el valor de “El desollado” como tradicionalmente se ha hecho, o se le denomine “El dueño de piel” como autoriza el análisis de la lengua náhuatl, pues se compone de *xip* “piel, cáscara o cobertura” y el posesivo *e*, y ciertamente es claro que no es lo mismo ser despojado de la piel que ser el poseedor de ella, y si bien en la primera nota del libro el autor desglosa las principales propuestas no se compromete explícitamente con ninguna; aunque al usar a lo largo del libro la expresión convencional de “el desollado” podría pensarse que está de acuerdo con ella, pero no da las razones de su elección.

Puede agregarse que los problemas no se circunscriben a la piel, sino que incluyen el Tótec, compuesto de la partícula *to* “nuestro” y *tecuhti* “señor o gobernantes”, y por ello traducido convencionalmente como “Nuestro señor”, apelativo que no ha sido discutido por otros investigadores, asunto importante pues no se aclara en qué sentido es *tecuhtli* o “gobernante”, ni qué debe entenderse con precisión por esos “nosotros” sobre quienes ejerce su poder. Aunque en la obra el autor da valiosas pistas para encarar y resolver esta cuestión no la aborda específicamente.

Por otra parte, al escoger el autor un tratamiento temático del culto de Xipe Tótec no puede evitar recorrer en varias ocasiones los mismos páginas de los ritos en varios capítulos, lo que provoca una cierta repetición y reiteración de la misma información.

Una cuestión meramente formal, pero que tiene su fondo, es la forma de citar, el autor sigue el sistema de poner las referencias en el cuerpo de texto, con el apellido y el año, lo cual presenta ciertos inconvenientes, primero el de cortar la lectura, segundo, la imprecisión, pues el lector se ve obligado a remitirse con frecuencia a la bibliografía final para tener una referencia más concreta. Esto no es exclusivo del autor, pero sin duda obra en demérito de la fluidez de la lectura de un libro que está bien escrito y en lo general es ameno.

En síntesis, puedo afirmar que el libro *Xipe Tótec*, es una equilibrada y profunda investigación que conjuga las aportaciones de la arqueología con la lectura atenta de las obras escritas y la observación cuidadosa de las fuentes pintadas, que ofrece una visión fresca, novedosa y comprensiva de un viejo dios mesoamericano y del pueblo que lo veneraba.

---

Julio Alfonso Pérez Luna (coord.), *Lenguas en el México novohispano y decimonónico*, México, El Colegio de México, 2011.

por Dora Pellicer

Esta obra colectiva, que reúne diez valiosas contribuciones, da inicio con un texto ejemplar del quehacer historiográfico a cargo de Hans-Josef Niederehe: "La gramaticografía española del siglo de las Luces". Las primeras reflexiones del autor giran alrededor de la obra de Nebrija, cuyas *Introductiones Latinae* que salieron a la luz en 1481, ocuparon un lugar cardinal en el marco de una tradición lingüística esencialmente latinista y fueron objeto de numerosas reediciones en el viejo y en el nuevo continente. Niederehe puntualiza que no ocurrió así con la *Gramática de la lengua castellana*. Al ser esta lengua un idioma de uso cotidiano no se consideraba que requiriese de un estudio gramatical, por lo que ocupó un segundo plano frente a las *Introductiones* y no fue sino siglo y medio después, cuando tuvo una segunda publicación. Niederehe apunta que el rechazo a que una lengua romance fuera susceptible de ordenarse en reglas gramaticales lo hizo patente Juan de Valdés al despuntar el siglo XVI advirtiendo: "ya sabéis que las lenguas vulgares de ninguna manera se pueden reducir a reglas, de tal suerte que por ellas se puedan aprender". No